

aunque con pena, é dixo lo que avia pasado. É luego hicieron mandado al capitán Johan Ponçe, notificándole todo lo que es dicho: el qual luego aperçibió su gente para castigar los indios y haçerles la guerra. En la qual saçon llegó el Diego de Salazar con la gente que avia escapado con él, segund se dixo en el capítulo de suso. É luego Johan Ponçe envió al capitán Miguel de Toro con quarenta hombres á bus-

CAPITULO VI.

De los primeros capitanes que ovo en la conquista é paçificación de la isla de Boriquen, que agora se llama isla de Sanct Johan.

Tornando Miguel de Toro é los quarenta chripstianos que con él fueron á enterrar á don Chripstóbal y á los otros quatro españoles que con él fueron muertos, el gobernador Johan Ponçe entendió en ordenar su gente y estar en vela, para se defender con los pocos chripstianos que avian quedado, en tanto que era socorrido é le yba gente desde aquesta Isla Española, para lo qual hiço tres capitanes. El primero fue Miguel de Toro, de quien he dicho de suso: el qual era hombre reçio é para mucho, é avia seydo armado caballero por el Rey Cathólico (puesto que él era de baxa sangre), porque en la Tierra-Firme avia muy bien probado como valiente hombre, é con su esfuerço avia honrado su persona, en compañía del capitán Alonso de Hojeda. El otro capitán que Johan Ponçe hizo fue Diego de Salazar, de quien es fecha mençion en el capítulo de suso. El terçero capitán fue Luys de Almanza. A estos tres capitanes fueron consinados cada treynta hombres, é los mas dellos coxos y enfermos; pero sacaban uerças y esfuerço de su flaqueça, porque no tenían otro remedio sino el de

car á don Chripstóbal, al qual hallaron enterrado (porque el caçique le mandó enterrar) y tan somero ó mal cubierto que tenía los piés de fuera. Y este capitán é los que con él yban hicieron una sepultura, en que lo enterraron bien, é pusieron á par della una cruz alta é grande. É aqueste fue el principio é causa de la guerra contra Agueybana é los otros indios de la isla de Boriquen, llamada ahora Sanct Johan.

Dios y de sus manos; acordándose de aquella grave sentençia de Séneca ¹ donde diçe «que es locura temer lo que no se puede excusar.» *Stultum est timere quod vitare non possis.* Avian pues muertos los indios la mitad de los chripstianos, como ya tengo dicho, ó los mas é la mas luçida gente: é con los que quedaban, que podrian ser çiento por todos, Johan Ponçe siempre se hallaba con ellos, y de los delanteros; porque era hombre animoso é avisado é solícito en las cosas de la guerra; é traia por su capitán general y teniente é por su alcalde mayor á un hidalgo, llamado Johan Gil. É assi lo fue despues de su gobernación, hasta que la isla fue paçificada, é sirvió muy bien; porque aun despues de passada la guerra de la isla de Sanct Johan, á su costa la haçia á los caribes de las otras islas comarcanas, que son muchas, é los puso en mucha neçessidad; en tal manera que no se podian valer con él y le temian mucho. En este exerçio de los caribes traia consigo por capitanes á Johan de Leon, hombre diestro en las cosas de la mar y en la tierra, y en las cosas de la guerra, de buen saber y gentil ánimo. Y

¹ In libro de remediis fortuitorum.

el otro capitán que traia el teniente Johan Gil era un Johan Lopez, adalid, y otros hombres de bien de los que avian quedado de la guerra de Sanct Johan, que por

ser diestros y de buen ánimo, dó quiera que se hallaban, haçian muy bien lo que convenia al exerçio de la conquista de los caribes, en la mar y en la tierra.

CAPITULO VII.

Que tracta de algunas personas señaladas por su esfuerço, y de algunas cosas á esto conçernientes en la guerra é conquista de la isla de Sanct Johan.

Parésçeme muy digno de culpa el escriptor que olvida ó dexa de decir algunas cosas particulares de la calidad de las que en este capítulo se escrebirán; porque aunque el principal intento de la historia sea endereçado á otro fin, en espeçial en esta, que es haçer principal memoria de los secretos é cosas que la natura produçe en estas nuestras Indias naturalmente, tambien consuena con el título de llamarla *general historia* recontar los méritos de los conquistadores destas partes, porque á lo menos, si quedaron sin galardón ó pago de sus trabaxos y méritos, no les falte por culpa de mi pluma é pigricia la memoria de que fueron é son muy dignos sus hechos, porque en la verdad es mejor satisfacion que otras; y en mas se debe tener lo que se escribe, en loor de los que bien vivieron é acabaron como buenos é valerosos, que quantos bienes les pudo dar ó quitar fortuna. É porque de mi parte no quede en silencio algo desto, digo que ovo muchos hidalgos é valerosas personas que se hallaron en la conquista de la isla de Boriquen, que agora se llama Sanct Johan. Y no digo muchos en número, pues que todos ellos eran poca gente; pero porque en essa poca cantidad de hombres los mas dellos fueron muy varones y de grandíssimo ánimo y esfuerço. Rara cosa y presçioso don de la natura, y no vista en otra nación alguna tan copiosa y generalmente conçedida como á la gente española; porque en Italia, Fran-

çia y en los mas reynos del mundo solamente los nobles y caballeros son espeçial ó naturalmente exerçitados é dedicados á la guerra, ó los inclinados é dispuestos para ella; y las otras gentes populares é los que son dados á las artes mecánicas é á la agricultura é gente plebea, pocos dellos son los que se ocupan en las armas ó las quieren entre los extraños. Pero en nuestra nación española no paresçe sino que comunmente todos los hombres della nascieron principal y espeçialmente dedicados á las armas y á su exerçio, y les son ellas é la guerra tan apropiada cosa, que todo lo demas les es açessorio, é de todo se desocupan de grado para la milicia. Y desta causa, aunque pocos en número, siempre han hecho los conquistadores españoles en estas partes lo que no pudieran aver hecho ni acabado muchos de otras naciones.

Ovo pues en aquella conquista un Sebastian Alonso de Niebla, hombre labrador, y que en España nunca hizo sino arar é cavar é las otras cosas semejantes á la labor del campo: el qual fué varon animoso, reçio, suelto, pero robusto, é junto con su robustiçidad que en sí mostraba á prima vista en su semblante, era tractado de buena conversacion. Este salió muy grande adalid, y osaba acometer y emprendia cosas, que aunque paresçian dificultosas y ásperas, salia con ellas victorioso. É cómo era hombre muy suelto y gran corredor atreviásse á lo que otros no hiçieran, porque

junto con lo que he dicho de su persona era de tan gran fuerça, que el indio á quien él asia era tanto como tenerle bien atado, estando entre sus manos; y desta causa, quando fué entendido de los indios é ovieron conoscimiento de la experiencia de su persona, temíanle mucho. Pero al cabo, como en la guerra nasçen pocos, y el officio della es morir, assi le intervino á este hombre hazañoso por ser muy denodado; y el año de mill é quinientos é veynte y seys le mataron en una provincia que se llama del *Loquillo*, en la isla de Sanct Johan, donde aqueste Sebastian Alonso de Niebla tenia su hacienda y asiento; y su muerte procedió de sobrarle esfuerço, é fue puesta en efecto de aquesta manera. Este hombre estaba quassi enemigo y desavenido con un hidalgo veçino suyo, llamado Martin de Guiluz, vizcayno, veçino agora de la cibdad de Sanct Johan de Puerto Rico, é de los principales de aquella cibdad; é cómo otras veçes solian los indios caribes de las islas comarcanas venir en canoas á saltar, acaesçió que entraron en la isla é dieron en una estancia é hacienda del Martin de Guiluz, y cómo lo supo Sebastian Alonso, é oyó decir que los indios caribes flecheros llevaban robada la gente que el dicho Martin de Guiluz tenia en su estancia é hacienda y quanto tenia, luego Sebastian Alonso á gran priessa mandó á un negro suyo que le ensillase un caballo, é dixo: «No plega á Dios que digan que, por estar yo mal con Martin de Guiluz, le dexo padecer é perder lo que tiene, é dexo de yr, hallándome tan cerca, contra los que le han robado.» É assi subió luego á caballo, é llevó consigo dos ó tres negros suyos é un peon chripstiano, y fué en seguimientto de los indios caribes, é los alcançó y peleó con ellos, é los desbarató é quitó la cabalgada, é prendió quatro dellos; y desde ençima del caballo los tomaba por

los cabellos é los sacaba de entre los otros é los daba y entregaba á sus negros, é volvía por otros. É uno que assi avia tomado, tenia en la mano una flecha hervolada, é aqueste le mató; porque cómo le llevaba assi á vuela pié assido por los cabellos, dióle con la flecha á manteniendo, é acertó á le herir á par de una ingre, y de aquella herida murió despues: é cómo se vido herido, él mató al indio é otros siete ú ocho assi mismo, é volvió con su despojo é dióle á su dueño Martin de Guiluz. É cómo la hierva, con que aquellos indios tiran sus flechas, es muy pestífera y mala, murió de aquella herida; pero como cathólico chripstiano, é repartió muy bien quanto tenia á pobres é personas nesçessitadas, y en obras pias. É desta manera acabó, dexando mucho dolor é lástima en todos los chripstianos y españoles que avia en esta isla, porque en la verdad era hombre que les hacía mucha falta su persona, y era tal que se hallan pocas veçes tales hombres; é porque demas de ser muy varon y de gran esfuerço, temíanle mucho los indios, y estaba en grande estima é reputacion con ellos é con los chripstianos; porque como se dixo de suso, era grande adalid y tenia mucho conocimiento en las cosas del campo é de la guerra.

En compañía deste andaba otro hombre de bien, llamado Johan de Leon, de quien atrás se dixo. Este imitaba asaz á Sebastian Alonso, porque era muy suelto é buena lengua y de buenas fuerças é osado. Y en las cosas que se halló, que fueron muchas, assi en la tierra como en la mar, se señaló como hombre de gentil ánimo y esfuerço; pero el uno y el otro fueron mal galardonados de sus servicios é trabaxos, porque en el repartimiento de los indios no se miró con ellos, ni con los buenos conquistadores como se debiera mirar. Y al que algo dieron, fué tan poquita cosa que no se podian

sostener con ello; porque es costumbre que unos goçen de los sudores y trabaxos de otros; y que el que meresçe merçedes sea olvidado y no bien satisfecho, y que los que debrian ser olvidados, ó á lo menos no son tan dignos de la remuneracion, aquellos goçen de las mayores partes é galardones que no les competen. Este officio es el del mundo, é los hombres hacen como kombres; pero sus passiones no los dexan libremente hacer lo que debrian, porque mejor entendamos que es solo Dios el justo y verdadero galardoador. É assi nos enseña el tiempo, que ni los que lo repartieron, ni los otros á quien lo dieron injustamente, lo goçaron sino pocos dias; y ellos y ello ovo el fin que suelen aver las otras cosas temporales; y plega á Dios que sus ánimas no lo escoten en la otra vida, donde ya estan los mas.

Otro Johan Lopez, adalid, gran hombre en las cosas del conocimiento del campo, pero no de tal ánimo. Este officio de adalid es mas artificiozo, y de mas saber sin comparacion en estas partes que en España; porque esta tierra acá es muy çerrada é llena de arboledas, é no tan clara ni abierta, como la de Castilla y de otros reinos de chripstianos. Pero pues está movida la materia de los adalides, diré aquí de uno que yo conosco, un hecho notable y al propóssito de aqueste officio.

Ovo en la Tierra-Firme de Castilla del Oro un hidalgo, llamado Bartolomé de Ocon, que passó una sola vez por çierta parte de montes muy espessos y çerrados; y desde á mas de siete años fué por otras tierras á parar, con çiertos compañeros, muy cerca de donde en el tiempo passado que he dicho avia estado; é yban allí çinco ó seys hombres de los que se avian hallado en el primero viaje ó entrada; é toda la tierra era tan emboscada y espessa de árboles que apenas se veyá el çielo, ni aun podian quassi cami-

nar, sino haciendo la via con las espadas y puñales, é todos los que allí estaban pensaban que yban perdidos é no nosçian á dónde guiaban, ni á dónde debiessen continuar su viaje; y estando juntos y en consejo de lo que debian hacer, dixo Bartolomé de Ocon: «No temays, hidalgos: que menos de dosçientos passos de aqui está, en tal parte, un arroyo (señalando con el dedo, que no veían ni era possible verse por la espessura de los árboles é matas), donde agora siete años viniendo de tal entrada, nos paramos á beber; é si quereys verlo, vengan dos ó tres de vosotros conmigo y mostrárosló hé.» Y es de saber que no tenían gota de agua que beber, é yban con la mayor nesçessidad del mundo de topar el agua, ó avian de peligrar de sed é morir algunos, segund yban desmayados. É assi fueron de aquellos que primero se avian hallado allí; é llegados al arroyo que todo yba enramado é cubierto, se sentó en una piedra á par del agua é començando á beber, dixo: «Assentado yo en esta misma piedra, merendé con vosotros ahora siete años é veys allí el peral, donde cogimos muchas peras é agora tiene hartas.» É assi los compañeros por la piedra que era grande é conoscoída, como por el peral y otras señales y árboles, é por el mismo arroyo, vinieron en conocimiento que era assi, y que algunos dellos avian estado allí otra vez, como he dicho: de lo qual no poco quedaron maravillados é socorridos con el agua. Todos dieron muchas gracias á Dios, y no fué poco el crédito que desto y otras cosas semejantes alcançó este Bartolomé de Ocon; porque en la verdad en este caso pareçia que tenia gracia espeçial sobre quantos hombres en aquellas partes andaban, puesto que en lo demas era material y no de mejor razon que otro; antes era tenido por grosero.

Pero tornando al propóssito de los

conquistadores de la isla de Sanct Johan, digo que aquel Johan Lopez, adalid, de quien se ha tractado de suso, aunque era gran adalid, era crudo y no tan esforçado como astuto guerrero con los indios.

Ovo otro mançebo de color loro, que fué criado del comendador mayor don Frey Nicolás de Ovando, al qual llamaban Mexía; hombre de buen ánimo é suelto é de vivas fuerças, al qual mataron los caribes en el *Haymanio* de Luysa, é á la mesma Luysa, caçica principal, la qual le avisó é le dixo que se fuesse, y él no lo quiso haçer, por no la dexar sola, é assi le frecharon; y estando lleno de saetas é teniendo una lança en la mano, puso los ojos en un principal de los caribes y echóle la lança é atravessóle de parte á parte por los costados, habiendo primero muerto otros dos indios de los enemigos é herido á otros. É assi acabó sus dias.

Ovo otro hombre de bien que se decía Johan Casado, buena persona é labrador llano; pero gentil adalid é dichoso en muchas cosas de las que emprendía y hombre de buen ánimo. Assi que, estos que he dicho, en espeçial, hicieron muchas cosas buenas; pero sin ellos ovo otros hombres hijosdalgo é mançebos, que aunque no tenían tanta experiència, no les faltaron los ánimos para se mostrar en la guerra tan hábiles y esforçados quanto convenia. Destos fué uno Francisco de Barrionuevo, que agora es gobernador de Castilla del Oro, del qual

se hizo mençion en la paçificación del caçique don Enrique; é aunque en la guerra de la isla de Sanct Johan él era mançebo, siempre dió señales de sí, de lo que era, como hombre de buena casta. Otro hidalgo dicho Pero Lopez de Angulo, é Martin de Guiluz, é otros que seria larho decirse particularmente, se hallaron en aquella conquista, que aunque su edad no era tan perfeta como su esfuerzo é desseos, siempre obraron como quien eran, é por ningun trabaxo dexaron de mostrarse tan prestos á los peligros, como la neçessidad y el tiempo lo requerian. É por ser tan valerosa gente, aunque como he dicho poca en número, se acabó la conquista en favor de nuestra fé y en mucha victoria de los conquistadores españoles que en esta guerra se hallaron, á los quales socorrieron desde aquella Isla Española con alguna gente, y se juntaron mas, en tiempo que el socorro fué muy neçessario. É tambien fueron algunos que nuevamente venian de Castilla: los quales por buenos que sean, es menester que estén en la tierra algunos dias, antes que sean para sofrir los trabaxos é neçessidades, con que acá se exerçita la guerra, por la mucha diferençia que hay en todas las cosas y en el ayre é temple de la tierra, con quien es menester pelear primero que con los indios, porque muy pocos son aquellos á quien no prueba y adolesçe. Pero loores á Dios. Pocos peligran desta causa, si son bien curados.

CAPITULO VIII.

Cómo los indios tenían por inmortales á los chripstianos, luego que passaron á la isla de Sanct Johan, é cómo acordaron de se alçar, é no lo osaban emprender hasta ser çertificados si los chripstianos podian morir ó nó. Y la manera que tuvieron para lo experimentar.

Por las cosas que avian oydo los indios de la isla de Sanct Johan de la conquista y guerras passadas en esta Isla Española,

é sabiendo, como sabian ellos, que esta isla es muy grande y que estaba muy poblada é llena de gente de los naturales

della, creian que era imposible averla sojuzgado los chripstianos, sino porque debian ser inmortales, é que por heridas ni otro desastre no podian morir; y que como avian venido de háçia donde el sol sale, assi peleaban; que era gente celestial é hijos del sol, y que los indios no eran poderosos para los poder ofender. É cómo vieron que en la isla de Sanct Johan ya se avian entrado y hecho señores de la isla, aunque en los chripstianos no avia sino hasta dosçientas personas pocas mas ó menos que fuessen hombres para tomar armas, estaban determinados de no se dexar sojuzgar de tan pocos, é querian procurar su libertad y no servirlos; pero temíanlos é pensaban que eran inmortales. É juntados los señores de la isla en secreto, para disputar desta materia, acordaron que antes que se moviesen á su rebelion, era bien experimentar primero aquesto, y salir de su dubda, y haçer la experiència en algun chripstiano desmandado ó que pudiesen aver aparte é solo; y tomó cargo de saberlo un caçique llamado Urayoan, señor de la provincia de Yaguaca, el qual para ello tuvo esta manera. Acaesçióse en su tierra un mançebo, que se llamaba Salçedo é passaba á donde los chripstianos estaban, y por manera de le haçer cortesia é ayudarle á llevar su ropa, envió este caçique con él quinze ó veynte indios, despues que le ovo dado muy bien de comer é mostrádole mucho amor. El qual yendo seguro é muy obligado al caçique por el buen acogimiento, al passar de un rio que se diçe Guarabo, que es á la parte

ocçidental, y entra en la bahia en que agora está el pueblo é villa de Sanct German, dixéronle: «Señor, quieres que te passemos, porque no te moxes»; y él dixo que sí, é holgó dello, que no debiera, siquiera porque demas del peligro notorio, en que caen los que confian de sus enemigos, se declaran los hombres que tal haçen por de poca prudencia. Los indios le tomaron sobre sus hombros, para lo qual se escogieron los mas reçios y de mas esfuerzo, y quando fueron en la mitad del rio, metiéronle debaxo del agua y cargaron con él los que le passaban é los que avian quedado mirándole, porque todos yban para su muerte de un acuerdo, é ahogáronle; y despues que estuvo muerto, sacáronle á la ribera y costa del rio, é decíanle: «Señor Salçedo, levántate y perdónanos: que caymos contigo, é yremos nuestro camino.» É con estas preguntas é otras tales le tuvieron assi tres dias, hasta que olió mal, y aun hasta entonçes ni creian que aquel estaba muerto ni que los chripstianos morian. Y desque se çertificaron que eran mortales por la forma que he dicho, hicieronlo saber al caçique, el qual cada dia enviaba otros indios á ver si se levantaba el Salçedo; é aun dubdando si le decian verdad, él mismo quiso yr á lo ver, hasta tanto que passados algunos dias, le vieron mucho mas dañado é podrido á aquel pecador. Y de alli tomaron atrevimiento é confiança para su rebelion, é pusieron en obra de matar los chripstianos, é alçarse y haçer lo que tengo dicho en los capítulos de suso.

CAPITULO IX.

De las batallas é recuentros mas principales que ovo en el tiempo de la guerra é conquista de la isla de Sanct Johan, por otro nombre dicha Boriquen.

Despues que los indios se ovieron rebelado é muerto la mitad ó quassi de los

chripstianos, y el gobernador Johan Ponce de Leon dió orden en haçer los capi-